

Dios!" y los horizontes dilatados del espíritu de Don Quijote, horizonte cálidos, yermos, sin verdura.

El cielo es azul, todo lo demás terroso.

Un lugareño, parece a las veces rey destronado. Si los franceses entendieran por español habitante de la meseta central de España, no les faltaría razón al atribuirnos una gravedad entre estoica y teatral. Este carácter es el complemento del suelo, suelo que ha producido estos cuerpos en los que el espíritu se moldea.

Es corriente entre las gentes, tanto de aquí como de allí (allí es nuestro país), aborrecer este paisaje y admirar el nuestro; hallar esto horrible y aquello atractivo. Con afirmar que este paisaje tiene sus bellezas como el nuestro las tuyas, basta para que le tengan a uno por raro: dudan mucho, ya que no de la sinceridad, de la salud de sentimiento estético de quien asegure que esto le gusta más que aquello; y si quien esto asegura es como usted, mi buen amigo, un hijo de nuestro país, el asombro es grande, juzgan muchos encontrarse con un caso patológico, con una disparatada aberración del gusto.

¡Gustar más que de aquella verdura perenne, de estos campos descarnados, que, como decía Adolfo de Aguirre, secan el alma más jugosa! (El jugo, muchas veces, no pasa de humedad endémica.) Este gusto es para muchos inconcebible.

Yo concibo, mejor o peor, todos los gustos y opiniones y hallo fundamento en todos, aun en los más disparatados; pero aunque no comprendiera la preferencia de usted, aunque no participara algo, y acaso algos, de sus sentimientos, me bastaría que usted, cuyo buen gusto es para mí indiscutible como hecho, me bastaría, digo, que usted, siendo hijo de nuestras montañas, prefiera esta sequedad severa a aquella frescura, para que buscara la razón de tal gusto.

¿Es esto más hermoso que nuestro país? ¿Tiene la preferencia de usted fundamento estético?